

En contexto para una filosofía de la educación y una educación filosófica en América Latina

[Artículos]

Luis Alberto Carmona Sánchez*

Fecha de entrega: 00 de mes de año

Fecha de evaluación: 00 de mes de año

Fecha de aprobación: 00 de mes de año

Citar como:

Carmona Sánchez, L. A. (2022). En contexto para una filosofía de la educación y una educación filosófica en América Latina. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 43(126).

<https://doi.org/10.15332/25005375.xxxx>



Resumen

El texto presenta los fundamentos filosóficos con los cuales configurar una filosofía latinoamericana que apunte a un proyecto de filosofía de la educación desde la educación popular. Esto se hace a partir del examen de la reflexión filosófica de Leopoldo Zea y Amado Osorio. Para ello, se desarrolla: 1) en torno a la presunta existencia de una filosofía latinoamericana, 2) pensamiento filosófico latinoamericano, 3) un presunto acuerdo sobre filosofía, 4) una filosofía de la educación en América Latina, 5) una filosofía de la educación como baluarte de una educación filosófica en América Latina. El texto concluye, además, que una filosofía latinoamericana no tiene por qué tener como

* Sociólogo, magister en Filosofía moral y política. Docente Universidad Nacional de Colombia sede Manizales. Correo electrónico: luacarmonasa@unal.edu.co

condición su ruptura con el pensar del hombre genérico; solo se trata de reconocer sus problemas vitales para aportar claridad reflexiva y actuar sobre ellos con respuestas, incluso, inspiradoras para otros pueblos.

Palabras clave: educación, filosofía latinoamericana, educación popular, diversidad, reconocimiento.

En torno a la presunta existencia de una filosofía latinoamericana

La discusión en torno a la existencia de una filosofía latinoamericana, desde sus inicios y hasta la actualidad, todavía deja multiplicidad de perspectivas. Negar su existencia plena o afirmar la clara consolidación de esta son tan solo sus dos extremos.

La historia de las ideas en Latinoamérica ha fijado el texto escrito por Juan Bautista Alberdi en 1842, *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea*, como fundador de la reivindicación y llamado hacia una filosofía latinoamericana. Después de Alberdi la paridad y disparidad, fragmentación y complementación en torno a la necesidad, ya existencia o imposibilidad de una filosofía tal ha sido amplia y multiforme. Para efectos del presente trabajo, se presentan algunas líneas fundamentales de la discusión.

Quizás la afirmación de Alberdi abra algunos caminos, de suyo poco comunicados al final, para exponer las ideas más relevantes sobre la cuestión. Dice Alberdi: “Nuestra filosofía ha de salir de nuestras necesidades”. No se dice categóricamente que de una sola afirmación se sigan diversos planteamientos, solo que de esta se suscitan interpretaciones que comenzaron a fundamentar concepciones más robustas. Nótese, por ejemplo, cómo la expresión “nuestra filosofía” condujo a que algunos pensadores latinoamericanos (Salazar Bondy, Dussel) procuraran mantener una distancia casi radical con lo que consideraban filosofía y cultura europea; de otro lado, están aquellos (Zea, Sierra Mejía, Amado Osorio, Fernández Retamar) que dan cuenta de que “nuestra filosofía” no implica,

necesariamente, tal ruptura, antes su desarrollo y posicionamiento en el concierto del pensamiento universal.

Pero también la afirmación ha escalado a diferencias materiales. Los pensadores latinoamericanos, bebiendo de la misma fuente, sacian a diferente grado su sed. Es así como al enfrentar el reto de dar cuenta de “nuestras necesidades”, mientras unos han puesto sólido énfasis en los problemas que serían propiamente nuestros, los problemas latinoamericanos como el indigenismo, la diversidad de cosmovisiones ancestrales y las relaciones íntimas con la naturaleza natural y humana, otros, por su parte, han destacado que los problemas propios requieren de “soluciones” universales. En este último sentido, más que una filosofía latinoamericana, de lo que se trata es de consolidar un proyecto de Filosofía desde América Latina. La diferencia es fundamental.

En un interregno entre las dos vías que han sido las más determinantes: “nuestra filosofía latinoamericana” y “proyecto filosófico desde América Latina”, se hayan los planteamientos que hablan de un híbrido cultural, de pensamiento y de problemas y soluciones. Dussel (1994), en *Historia de la filosofía latinoamericana y filosofía de la educación*, expresa que “América Latina es el hijo, del padre europeo y la madre indígena. De lo extraño y lo propio. Su filosofía no podrá dejar de estar atravesada siempre por esta contradicción nunca del todo asumida ni resuelta” (p. 29).

No obstante, y al uso del pensamiento propio latinoamericano, la lógica dual se impone también en este caso, así como lo surgido con base en Alberdi. Desde quienes se decantaron por una crítica dependencionista del pensamiento latinoamericano respecto al europeo, hasta quienes vieron allí la condición de su liberación. En cualquier caso, el desacuerdo entre latinoamericanos ha alimentado una fructífera discusión que, antes de cerrar y aniquilar al “adversario”, mutuamente se animan a proponer razonamientos más sofisticados. De esta manera, es como podemos ver alimentada la discusión.

Por lo tanto, y de forma específica, se expondrán los planteamientos que más han sobresalido y que terminan por representar los extremos ante la afirmación o negación de la existencia de una filosofía latinoamericana. Téngase presente que, de acuerdo con la “respuesta” que se otorgue y que decida seguirse, la posibilidad de una filosofía de la educación y de una educación filosófica en América Latina se decanta a favor o se hace manifiesta su imposibilidad.

Primero se expondrán las ideas que han favorecido la existencia, o por lo menos su necesidad, de una filosofía latinoamericana. Más allá de los nombres, son las ideas y la argumentación que se han construido al respecto. Una primera idea argumentativa la ponen en la innegable existencia de la realidad latinoamericana. Que un territorio con una lógica de vida social, política, cultural, económica, sea real, ya garantiza que cuente mínimamente con formas de interpretación de su vida misma. Esta interpretación termina por fundar lo que sería para el filósofo mexicano Leopoldo Zea la filosofía “como interpretación de su realidad y expresión de su mundo”.

De lo anterior, hay quienes han ido más allá de las consecuencias naturales que pueda traer planteamientos como este, y es tratando de decir, más que de demostrar, que así comprendido el asunto incluso América Latina termina por ser “la síntesis de la cultura universal”. Versiones más moderadas ponen el acento en lo que asumen particular de Latinoamérica, pero sin implicar esto una ruptura con Europa, por ejemplo. De este modo, se señala como latinoamericanismo la reivindicación de lo propio. Sin embargo, esto llamado “lo propio” carece de determinación justamente latinoamericana, pues se pone como propio “la justicia, la moral, la voluntad y soberanía de los pueblos” (Arteta, 2020, p. 17).

Otro núcleo de argumentación favorable ha sido puesto sobre la base del “sentimiento”, el “latinoamericanismo como sentimiento”. Se recuerda a José Vasconcelos como principal defensor de esta perspectiva, la que abre posibilidades, pero también problemas. Se suma a favor la posibilidad de seguir

indagando sobre “lo propio” del latinoamericano que le permitiría llevar a cabo un proyecto filosófico autónomo, incluso autóctono, pero se desencadenan problemas como la falta de concretar filosóficamente esto así denominado sin más como “latinoamericanismo”, desde la dificultad que trae soportarlo desde la subjetividad propia de los “sentimientos”. En este caso, la filosofía latinoamericana solo es sentible por un latinoamericano, no pensable por otro hombre foráneo. Son más las fracturas sin solución de ser soldadas que los encuentros que promueve este núcleo argumentativo.

Ahora, pareciera ser más notable, por lo menos en número, el campo ocupado por los detractores de una filosofía de América Latina, o simplemente filosofía americana como lo reivindicó Zea. De nuevo Dussel (1994) a la cabeza, esta vez para denotar una posible ambigüedad. Dice:

Ciertamente los habitantes de nuestro continente, antes de la llegada de los europeos, tuvieron una cierta visión del mundo, poseían una producción simbólica con mayor o menor coherencia según el grado de desarrollo cultural. Lo que no tenían, de manera explícita y “técnica”, era filosofía. Si por filosofía se entiende el discurso metódico que se inició históricamente con el pueblo griego. (p. 27)

No cabe duda de que, según esta perspectiva, la filosofía es metódica, racional y, por tanto, el pueblo latinoamericano lejos se ponía de ella con sus formas cósmicas emotivas y tradicionales de representar, y, por qué no, de entender y comprender la vida misma. Sin embargo, la expresión “de manera explícita” abre una posibilidad de que efectivamente sí contaban con ella, solo que más en ciernes que en hecho. Esto al extremo ha sido útil para quienes incluso niegan esa remota e implícita posibilidad.

De este lado, un eje argumentativo que se pone es el de las condiciones materiales de existencia precarias y alienadas en que viven los latinoamericanos. “La práctica social como criterio de verdad nos señala que en América Latina no ha existido

pensamiento autónomo, la misma alienación político-cultural determina que estemos aún sometidos a pensamientos que responden a otras latitudes” (Vidal, 2020, p. 81). La dependencia económica prolonga la dependencia de las ideas.

Desde otro foco, se afirma que no hay filosofía latinoamericana por el solo hecho de contar con ideas filosóficas logradas desde una posición geográfica determinada como este continente. Lo geográfico no es razón suficiente para que una idea se circunscriba y reciba su nacionalidad de allí. Al respecto, vale citar las razones completas que aporta Barros (2020) en esta perspectiva:

Una filosofía cualquiera lleva el nombre de una región porque es la manera más simple de distinguirla de otras filosofías. En este sentido podemos hablar de “filosofía griega”, “filosofía alemana”, “filosofía norteamericana”, etc. [...] cuando una filosofía ostenta caracteres verdaderamente originales y universales, termina por romper los moldes de la regionalidad; su lugar es el hábitat de los seres pensantes, el mundo entero. El racionalismo francés y el empirismo inglés dejaron de ser nacionales para convertirse en mundiales. El marxismo, el existencialismo y el pragmatismo son patrimonio de la especie humana; no se les etiqueta adicionalmente con el nombre de una determinada región como no sea para discernir matices y variaciones del tema fundamental. (p. 63)

Es sobre lo que el filósofo colombiano Rubén Sierra llamaba la atención cuando sostenía que “lo único que se puede afirmar es que Latinoamérica hará filosofía latinoamericana cuando haga simplemente filosofía” (Vidal, 2020, p. 83). A simple vista, y como podrá entenderse a continuación, este argumento reproduce en apariencia el eurocentrismo contra el que combaten los latinoamericanistas. No obstante, una mirada más atenta pone en evidencia que este es uno de los postulados más sobresalientes de la perspectiva latinoamericana de Leopoldo Zea. Es decir, que la discusión antes de alejar las posiciones en pugna, al contrario, han estado más cercanas que lo que creían o era su pretensión.

Pensamiento filosófico latinoamericano

“Identidad de América Latina no es rechazar todo lo foráneo, lo que viene de afuera y aferrarse a lo autóctono, a lo propio”. Con estas palabras de Leopoldo Zea se hace la transición entre el apartado anterior y lo que corresponde a este, a saber, entre destacar una perspectiva que había dividido y su potencial comunicador.

Se destacarán los planteamientos del filósofo mexicano Leopoldo Zea Aguilar para evidenciar los cimientos sobre los que se podría pensar la proyección de una filosofía de la educación y una educación filosófica en América Latina. Las ideas claras y la exposición ordenada de estas en el pensamiento filosófico desarrollado por Zea posibilitan su identificación precisa. En este sentido, a continuación se presentarán los fundamentos de su reflexión en torno al pensamiento filosófico latinoamericano.

Es notoria la anécdota donde, ante los intereses del filósofo peruano Francisco Miró Quesada sobre lógica matemática, Zea le recomienda no escribir sobre esto, sino sobre “la historia de la lógica en el Perú” (Orozco, 2020, p. 60). Para un lector desprevenido, la posición de Zea en esta anécdota puede chocar frontalmente con lo que afirmaba en la presentación de *Jornadas*, número 52, órgano difusor del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México: “en “nuestra América”, estamos convencidos de que esta ha de ponerse enérgicamente a pensar en sí misma, en su propio destino” (Zea, 1945, p. 5).

Leída con atención la obra de Zea, la rivalidad interna entre sus ideas se difumina con facilidad. Es así como en su obra de mayor representación respecto a la discusión de la filosofía latinoamericana, y antes que de una disparidad interpretativa e incluso lógica, da cuenta de su coherencia argumentativa. En *Entorno a una filosofía americana*, Leopoldo Zea entra con la discusión al frente y se pregunta: “¿Es posible una filosofía americana?” A raíz de esta pregunta, que da nombre a la primera parte de su texto, Zea abre, concita y consolida el debate.

En líneas generales, como solo puede ser posible exponerse en un artículo como este, Zea pone de relieve los siguientes argumentos: a) para él es claro que la filosofía americana no existe. Ya es valor ganado el hecho de preguntarse sobre su existencia, y que, independiente de la respuesta, se denote como relevante que el acto de preguntarse sobre la materia sea obra del pensamiento de los mismos hombres americanos en tanto lo asumen como “problemas del hombre americano”. Con esto, Zea introduce un segundo argumento: b) la filosofía americana ha de ser obra de las necesidades materiales y culturales de América, no producto inerte de mentes brillantes. Dice categóricamente que “ya no es ahora el pensador el que propone los temas, son los temas los que se imponen al pensador” (Zea, 1945, p. 15). En esto el eco de Ortega y Gasset¹ es casi la claridad de la voz en Zea.

Siendo la filosofía hija de las circunstancias, de los “problemas y temas americanos”, es la llamada a ser la que medite y de solución a los problemas mismos. El pensamiento filosófico latinoamericano, en este sentido, ha de poner su empeño en “resolver nuestros problemas” antes que en pretender edificar una filosofía. Lo primero da cuenta de cómo se “hace” una filosofía, no al contrario. Es por esto que se entiende o comienza a entender, que la filosofía europea responda de manera particular a la decadente cultura europea y no a la americana, entre otras, porque la sociedad tipo, el referente cultural y de pensamiento europeo, antes de solución es ella misma “un problema”, “una carga” para todos.

De lo anterior, se sigue que: c) la filosofía americana, cuando la haya, será obra de la necesidad y no de la contingencia, y menos de la labor edificante egocéntrica de

¹ “El dominio del mundo no se regala ni se hereda. Vosotros habéis hecho por él muy poco aún. En rigor, por el dominio y para el dominio no habéis hecho aún nada. América no ha empezado aún su historia universal” (Zea, 1945, p. 17).

sus pensadores. Este argumento, visto a secas, puede ser problemático en tanto puede ser tomado como un llamado a la independencia filosófica y cultural respecto a Europa. Es claro que Zea no iba por este camino, como sí desafortunadamente los promotores del autoctonismo americano² al que ha de repelerle todo lo occidental. Hacia donde el filósofo mexicano quiere llevar su reflexión es hacia la autonomía de la filosofía americana, no hacia su independencia de la europea, como sería pretendido por Augusto Salazar Bondy (1925-1974) y continuado por Dussel (1994).

Comprendido lo anterior y puesto en sus precisos marcos de interpretación, se destaca lo que es asumido como el aporte de mayor relevancia de Leopoldo Zea en el sentido de reclamar una filosofía americana, a saber, pensar al hombre como género humano aunque, o gracias a que, se realice desde circunscripciones geográficas específicas.

En esto, d) Zea (1945) es claro y retador: “La filosofía no se conforma con alcanzar una verdad circunstancial, sino que trata de alcanzar una verdad universal” (p. 32). Y más adelante:

La filosofía no se justifica por lo local de sus resultados, sino por la amplitud de sus anhelos. Así, una filosofía americana no se justificará como tal por lo americano, sino por la amplitud del intento de sus soluciones [...]; hay que resolver los problemas circunstanciales, pero con miras a la solución de los problemas de todo hombre. (p. 33)

La experiencia de Robinson Crusoe es de la que Zea busca prevenir a América. Ni América es el último rincón del mundo para cultivar pensamiento filosófico ni ha de ser el más fértil como para no reconocer, incluso valerse, de la madurez ganada

² Al respecto, y siguiendo a Dussel, pero solo y nada más en esto, la filosofía universitaria con José Vasconcelos, Fariás Brito y José Enrique Rodó se apropiaron como tema fundamental de una eventual filosofía latinoamericana la novedad indigenista, el retornar al origen.

en otras latitudes. Tanto aquellos, sean europeos o asiáticos, como los americanos, han de continuar haciendo Filosofía desde sus problemas particulares, sí, pero con miras al entendimiento del hombre en general (Baena, 2020). El pensamiento de Zea quizás sea el más fértil para iniciar y consolidar un proyecto filosófico americano, no así aquellos que llaman a la ruptura, aunque revistan sus intenciones con palabras como la de “liberación”³. Antes que liberar, así el pueblo americano se fragmenta, desentiende y priva de lo que, en últimas, es obra de la humanidad y no de un solo pueblo al que la aversión emotiva priva de reconocer su aporte al pensamiento y a la cultura universal.

Tomada con mesura la última consideración argumentativa (4), puede aportarse desde América con sus problemas inherentes, al concierto universal de la filosofía y, como es el propósito del presente texto, en la fundamentación de una filosofía de la educación y de una educación filosófica en y desde América Latina.

Sin ser términos de Zea, pero que dan cuenta en últimas de su sentido, puede decirse que la filosofía americana ha de ser obra sin más de una filosofía situada, esto es, de un conocimiento y reconocimiento de la realidad latinoamericana, de sus problemas, para el caso, sobre educación.

Un presunto acuerdo sobre filosofía

Mientras es problemático acordar si existe o no una filosofía latinoamericana, merodea lo imposible preguntarse y definir un marco conceptual básico de referencia sobre una filosofía de la educación en América Latina. Más allá de

³ Colombia en la década de los noventa fue terreno fértil, y casi *sui generis*, en América Latina para discutir en torno a la existencia o no de una filosofía latinoamericana, y más aún con la connotación de ser liberadora. Su origen está en la respuesta que da Ramón Pérez Mantilla cuando en una entrevista se le pregunta sobre “¿cuál es su posición personal respecto a la filosofía de la liberación latinoamericana?”. Ante lo que respondió: “En primer lugar, debo decirle que no la conozco. Pero, de todos modos, no entiendo bien por qué la filosofía latinoamericana tendría como carácter distintivo el de ser una filosofía de liberación. De algún modo, ¿no han sido todas las filosofías de la liberación?” (Armando, 2020, p. 45).

haberla, y con base en la argumentación de Leopoldo Zea, en detalle su argumento sobre la necesidad de resolver problemas particulares con soluciones de carácter universalista, es por lo que se advierte posible su planteamiento.

Al respecto, lo primero será aproximar un acuerdo sobre lo que puede asumirse como filosofía y, con base en ello, exponer los fundamentos filosóficos y sociales de una filosofía de la educación en América Latina.

La pregunta inicial es: ¿qué es la filosofía?, independiente de la región geográfica desde donde se pregunte e intente una respuesta. Para lo cual, se seguirá la exposición del pensamiento brillante del filósofo colombiano Amado Osorio, quien ha contribuido al estudio del campo específico de la filosofía de la educación y de la didáctica de la filosofía.

Amado (2006), conocedor entusiasta y profundo de la filosofía antigua y del idealismo alemán, por ejemplo, en su libro *Filosofía, filosofía de la educación y didáctica de la filosofía*, aporta una discusión amplia y rica sobre lo que llama “la naturaleza de la filosofía”. Los argumentos a destacar, para aproximar una propuesta y acuerdo de filosofía de la educación en Latinoamérica, son los que siguen.

Quizás lo primero y menos problemático para acordar es que cuando se intenta responder ¿qué es la filosofía?, la multiplicidad de “instancias interpretativas” aportan definiciones “útiles” y diferentes, aunque referidos al mismo campo en cuestión, a saber, la filosofía. Con esto lo que se quiere advertir es que el intento mismo de eventual respuesta es tan rico por su diversidad de abordaje como necesario encontrar los mínimos de un acuerdo conceptual.

La cualidad de diversidad como su necesidad de acuerdos mínimos ponen en evidencia que la filosofía se nutre y destaca por este actuar mismo, es decir, abordar una respuesta sobre la pregunta en mención no debería conducir a decir qué es la filosofía, sino que el acto mismo de pregunta e indagación hacia una

respuesta es el acto mismo de filosofar. Un nuevo intento: como objeto de análisis la filosofía es su propio sujeto analizador, se sabe a sí misma al saber el mundo que cuestiona.

La ilusión de retórica de lo mencionado se desdibuja cuando se aclara que independiente de la región geográfica, Latinoamérica para el caso, la filosofía se posiciona como entendimiento de todo pueblo particular en tanto saber universal; que la filosofía se proyecte hacia la generación y consolidación de la unidad de sentido y de universalidad. Así, llegamos al primer acuerdo: la filosofía es el saber que cada hombre y pueblo tiene sobre sí al abordarse como objeto y sujeto de conocimiento. Una consecuencia elemental de esto para las pretensiones del presente texto es que, siempre Leopoldo Zea en mira, una filosofía de la educación en América Latina ha de dar cuenta de los problemas particulares en el campo de la educación con respuestas que eleven a un nivel de conocimiento propio —autoconciencia y autonomía— al hombre y al pueblo americano. Aunque sepamos que el “conócete a ti mismo” era consigna de los griegos de la antigüedad, esto ha de pretender ser “olvidado” para inaugurarlo y tomarlo como propio; incluso de esta adopción es el saber filosófico universal toma vida al orientar formas de pensamiento particulares. La pretensión con lo anterior se sintetiza en el llamado de atención que hace Mitsu Miura (2015) ante la difusa autoproclamada filosofía de la liberación: “no más ‘descolonización’ sino ‘expansión mental’”.

Si la filosofía es indagarse, conocerse y hasta responderse un pueblo mismo sobre sus necesidades de existencia cultural, social, etc., es porque la filosofía, necesariamente, cumple una laboriosa función pública. Amado Osorio (2006) lo destaca en estos términos: “La filosofía hay que valorarla como una forma de pensamiento con una dirección pública y con afanes educativos ineludibles” (p. 31). Lejos ha de seguirse estando de los quehaceres filosóficos que por mirar el cosmos no ven los huecos de la pobreza material e intelectual de un pueblo. Aún

el filósofo que elude adrede su realidad es obra social y cultural de la realidad que esquivada. “La filosofía porta una crucial esencia que la coloca en inmediata referencia con funciones solidarias con el otro y con el destino humano” (Amado, 2006, pp. 362-363).

Queda claro, por lo tanto, que un segundo acuerdo gira en torno a la responsabilidad social y ética de la filosofía. Con esto se pretende salvaguardar la fragmentación lesionadora entre mundo y sujeto pensante. Ni el filósofo por sí mismo ni el mundo sobre el cual filosofar, abstraído de quien lo filosofa, son suficientes para activar el poder reflexivo de la filosofía. En su unidad, contradictoria eso sí, pero por igual necesaria, la filosofía da cuenta de su rasgo práctico. En términos de Quintana (1982), “la filosofía, en efecto, está para orientar al hombre; no quiere quedarse en meras especulaciones, sino convertirse en acción” (p. 66).

Un tercer y penúltimo acuerdo sobre ¿qué es la filosofía? reside en reconocer que, más allá de las críticas a la ciencia racionalizadora, la filosofía ha de ser necesariamente racional. Con esto lo que se quiere dejar sentado es que una mera labor descriptiva de la realidad o una solipsista acción de pensar la realidad sin contacto con ella conducen a estériles preguntas, asombros y respuestas sobre lo que un pueblo reclama. Se piensa sobre algo y algo es pensado por alguien; esta unidad y la comunión entre todos aquellos que piensan su situación social dan cuenta del carácter racional de la filosofía. Y no es para asumir, por tanto, que lo racional sea la negación o peor aún la exclusión de lo emocional del mundo, del hombre y del pensante filósofo. No es entablillar artificialmente lo racional con lo irracional, antes bien es reconocer, unificar y ejercer la unidad diversa de lo pensado y de quien piensa.

Quizás en esto pensó Zea cuando reivindicaba la necesidad de la filosofía de América como respuesta del género humano ante los problemas que le son inherentes en su particularidad de pueblo; quizás en esto pensó cuando a sus oídos

llegaba el ruido de una filosofía autóctona emotiva —más que emocional— salida de las raíces de la tierra antes que de las vivencias y dificultades materiales y culturales del hombre.

Finalmente, la filosofía de América, en virtud y respuesta a la Filosofía del hombre, ha de ser la obra intelectual viva de un pueblo que oriente la practicidad de la vida de sus hombres. Respecto a este eventual acuerdo que se presenta, es que tomaría vigor una propuesta específica de filosofía, como la de la educación. Un acuerdo síntesis, implícito en todo lo anterior, es que no solo la filosofía en América es posible y necesaria, sino que puede trascender sus marcos generalistas y plantarse en un terreno fértil de orientación práctica del hombre desde la educación. Una filosofía de la educación en Latinoamérica es posible y necesaria siempre y cuando oriente a todo su pueblo por los diques que su misma lógica de vida le determina.

Una filosofía de la educación en América Latina

En correspondencia con el propósito del presente escrito, se llama la atención sobre la importancia de esclarecer el contenido y la forma que adoptaría una reflexión en torno a la filosofía de la educación. Para ello, a la luz del maestro Amado Osorio (2006), se aporta que:

La fórmula *filosofía de la educación* tiene dos énfasis, con base en dos fracturas o intensidades del significar. Hablar de *filosofía de...* descarga cierta relevancia y responsabilidad sobre la filosofía; le imprime al modo de ver la educación, su sello filosófico. Hablar de *... de la educación* le impone a la filosofía una dirección, supeditarse un contenido y ser competente en relación con este contenido; la filosofía tiene que concretar su saber, explicitar su discurso según las determinaciones propias del objeto educativo. (p. 98)

De esta manera, la educación será orientada por el mirar propio de la filosofía, cómo la filosofía se conducirá en dirección al campo de la educación. De la

misma manera que la sociología, la antropología y la psicología, por ejemplo, la filosofía ha de hacer suya la reflexión sobre la educación e incidir públicamente en la consolidación de un proyecto acorde a los requerimientos propios del contexto educativo. En este sentido, se destacan dos rasgos de la filosofía de la educación: 1) esta se constituye en una “serie de reflexiones filosóficas en torno al hecho educativo” (Quintana, 1982, p. 65), y, 2) la filosofía de la educación es un ámbito de la filosofía práctica, de la acción.

Una filosofía de la educación en América Latina ha de arrojar como suya la idea integral de que la educación de todo ser humano se constituye de la participación de múltiples factores. La estructura genética, los determinantes culturales, económicos, familiares, las destrezas o sus carencias físicas e intelectuales suelen aportar tanto como también llegan a limitar el aprendizaje y la educación de cada hombre concreto. De esta manera, en la diversidad y en la totalidad donde el quehacer filosófico sobre la educación ha de ejercer su reflexión.

Limitan el actuar práctico filosófico sobre la educación quienes solo reconocen la determinación biológica o la cultural; son tan determinantes cada una como las omisiones en la estimulación prenatal. Con esto no se quiere sino advertir la importancia de comunión de disciplinas que, encarriladas por el movimiento del pensar filosófico, logran dar cuenta del magno propósito de educar. Por tanto, entre el innatismo biológico y la adquisición histórico-cultural no podrá mediar más que su complementariedad (Vincent y Ferry, 2001).

Lo que sí hay que precisar es que, de todas formas, el proceso educativo a la luz de la reflexión de una filosofía de la educación, la naturaleza y la cultura en ocasiones se superponen una a la otra. La naturaleza como modelo de vida —piénsese en el proyecto de Rousseau— puede anteponerse a un proyecto consciente de la cultura; así como habrá que esperar también a que la cultura forje un tipo de hombre producto de su proyecto de filosofía de la educación para devolverlo en una relación “superior” con la naturaleza.

El último aspecto exige ser tomado como primera condición de la educación en Latinoamérica: la reconciliación del hombre con la naturaleza natural; en tanto parte constitutiva de ella, debe ser de primer orden. La explotación de los recursos naturales ha de aparecer como contenido de desaprendizaje del hombre americano. Cuidar la naturaleza natural se hará no por superioridad de especie, sino por condición de vida de todos. En esto la filosofía de la educación latinoamericana tendrá que diferenciarse notablemente de lo que representó una respuesta particular ante las necesidades de vida del pueblo francés o inglés⁴ en su determinado momento. Educar en la diversidad, en la diferencia que pone énfasis en los modos de vida pero que no fragmenta la totalidad del género humano.

Cabe insistir en la necesidad de una filosofía de la educación que apunte su proyecto educativo sobre el reconocimiento de la diversidad. El proyecto educativo homogeneizador, de orden y control del sociólogo Durkheim (Carmona, 2020) no ha de ser replicado en el contexto americano. La riqueza de modos de vida de América Latina trae consigo la fuerza integradora de la educación. Ahora bien, integración que debe superar los límites de continente para integrarse en el proyecto de mundo; esto antes de ser una imposición de la teoría, la práctica misma se encargará de su demanda.

De otra manera, a la educación en Latinoamérica le corresponde ser el medio y el fin de la supervivencia y configuración humana del mismo pueblo americano. A esto se integra el componente de reconocimiento y mutua determinación entre el hombre americano concreto y el pueblo americano en general. La filosofía de la educación en América tendrá que hacer del acto educativo la posibilidad de

⁴ Al respecto, la discusión actual entre los académicos ingleses gira en torno al papel rector de ellos y de sus respectivas instituciones universitarias sobre la acción u omisión deliberada frente a la falta de interés por abordar críticamente la cuestión de lo decolonial. Al respecto, véase: Dhillon, S. (2021). Una crítica inmanente a los proyectos de descolonización. *Revista Philosophical Inquiry in Education*, 28(3), 251-258.

condición autónoma del hombre, así como la posibilidad liberadora del pueblo que en conjunto educa.

No hay razones suficientes, por lo menos no según los requerimientos particulares de América, para desvanecer al individuo en un proyecto de colectivización, pero tampoco de atentar contra la cohesión social por desatar al individuo. Que el individuo se realice como humano en la sociedad y esta logre sus niveles más altos de bienestar social colectivos gracias a la contribución activa y consciente de cada individuo es un solo esfuerzo; hay que poner presente la unidad de lo privado con lo público, del individuo con la sociedad, del individuo con la naturaleza, del individuo con el individuo. La filosofía de la educación americana implica un proyecto de síntesis integracionista y no fragmentadora en átomos culturales distantes.

Todo lo anterior ha de contar con un móvil: la filosofía de la educación americana popular. Reivindicar el quehacer filosófico popular, que haga suyos los presupuestos academicistas y los lleve a sus consecuencias reales de practicidad darán garantía a un proyecto educativo que responda de forma natural a los requerimientos de la misma América.

Advertidos los rasgos sobresalientes que sustentan un acuerdo sobre lo que es la filosofía, y expuestas las condiciones de una filosofía de la educación en América Latina, podrá desplegarse el detalle efectivo del móvil para dar fundamento al proyecto de educación en esta zona geográfica particular.

Una filosofía de la educación como baluarte de una educación filosófica en América Latina

Se ha dicho, y los casos son amplios, que el fundamento filosófico con que se elabora y pone en práctica un proyecto educativo en una sociedad determinada presenta réditos políticos. Y esto es así porque de gusto o no, para bien o no de

nuestros intereses, se forja un proyecto de hombre y de sociedad que el proceso educativo consolida. Dos casos para ilustrar lo afirmado: China y Francia.

Respecto al primero, su prolongación feudal bajo la dinastía Zhou (1100-770 a. c) exigía una educación que enseñara “principalmente las seis artes, es decir, los reglamentos de los ritos, música y danzas ceremoniales, lanzamiento de flecha, conducción de carro, historia y matemáticas” (Colección China, 1985, p. 5). Por su parte, de Francia se entiende que había que darle respuesta a la Tercera República, para lo cual el sociólogo Durkheim sería el más aventajado.

“Durkheim se hace intérprete de su tiempo y cree entender que la sociedad necesita homogeneización y solidaridad. El fin de la educación es construir este ser social homogéneo, solidario y obediente que perpetúe la tradición” (Carmona, 2020, p. 15).

Con estos dos ejemplos particulares cabe formular, por tanto, la pregunta ¿qué proyecto educativo necesita el pueblo latinoamericano? Pregunta que cultiva esta otra: ¿qué tipo de hombre necesita forjar Latinoamérica para que responda a sus condiciones propias de vida y a las problemáticas que le son esenciales resolver? Lo que con el presente apartado se sugiere, en últimas, que la filosofía de la educación en América Latina tendrá que partir por la madurez de una filosofía del hombre latinoamericano.

La idea que subyace a esto es: una filosofía de la educación en América, cuyo móvil sea la educación popular, ha de configurar un hombre crítico propositivo y una sociedad que garantice el bienestar social, que construya canales de comunicación con base en la diversidad de modos de vida inherentes a la vida latinoamericana, lo que implica una educación filosófica de todos como garante de la libertad en cuanto individuo y de la soberanía en tanto pueblo.

Es necesario descomprimir esta idea. Si se ha mencionado como eventual acuerdo que la filosofía presenta la cualidad, que la hace ser tal, el pensar la realidad para intervenir prácticamente sobre ella, lo que pone el énfasis en la labor comunitaria

de los filósofos en arraigar su quehacer en la vida material y cultural misma, entonces, la filosofía en últimas a lo que siempre ha estado apuntando es a formar seres que se sepan, se piensen a sí mismos, sean autoconscientes en tanto importe el otro diverso y necesario. Podría llamársele a esto “salir de la ignorancia” individual y colectiva apuntado en la idea de “un concepto de educación como ‘obra de la emancipación’” (Vázquez, 2012, p. 10).

Un individuo que se piensa a sí mismo en su contexto, en su problemática situada, es un individuo que aporta algo esencial de la condición para que el conjunto social sea soberano; así como una sociedad que incentiva la reflexión crítica y propositiva de sus integrantes, pone la otra parte de la condición para que el individuo logre niveles de reconocimiento de la diversidad y autonomía cultural, política, de condiciones materiales de vida y de pensamiento.

Respecto al móvil. La educación popular, lejos de pretender con ello sentar molestas e infructíferas diferencias con su antagónica educación elitista, busca poner el acento en la publicitación de la filosofía, en su creación y recreación en el escenario público donde solo puede representar valor. Con educación popular se quiere decir el medio y ámbito de acción del proyecto filosófico latinoamericano; pero también el fin. Privatizar el pensamiento o la posibilidad de su ejercicio, no solo da cuenta de la negación del pensar mismo sino de la necesidad de contar con una filosofía de la educación latinoamericana que entienda el pueblo y lo popular como ámbito real para consolidar una educación filosófica soberana. Pues una filosofía tal no duda en reconocer que el pueblo, lo popular, “es el fundamento y destinatario del bien común” (Beltrán, 1983, p. 65).

En la medida que los latinoamericanos se formen en una educación filosófica, lo están haciendo, por tanto, en la construcción de ciudadanos que piensan las problemáticas y las atienden comunitariamente según la cualidad filosófica de vida y de hombre que se arraiga al trabajo colectivo intelectual y práctico. Esto solo lo garantiza una noción clara de educación popular, solo una filosofía de la

educación que aprende a darle sentido a su quehacer no en las oficinas de los especialistas en pensar todo para no actuar en nada, sino en un escenario público donde, incluso, todos sean filósofos, es decir, hombres que piensan con criterio de autonomía individual y de soberanía colectiva y, por tanto, no haya que destacarlo como particularidad. “La educación popular no puede, por lo tanto, marginarse de los conflictos sociales. También, estos conflictos son parte del proceso educativo y es en ellos donde la conciencia del pueblo se despierta y desarrolla” (Sanz, 1983, p. 111).

De hecho, la noción misma de pueblo y de educación popular determina el campo sobre el cual actuar a nivel conceptual y práctico. Esta determinación es cualidad inherente del quehacer filosófico latinoamericano, sin la cual se desdibuja una real y efectiva contribución, para el caso, a la educación. Vista la filosofía con estas proyecciones prácticas, la educación del hombre americano termina por ser la realización de la filosofía latinoamericana; incidir en el hombre concreto da vida real a la filosofía, más que la publicación frecuente de libros sobre temas exóticos.

Conclusiones

Una filosofía latinoamericana no tiene por qué tener como condición su ruptura con la dinámica del pensar del hombre como género humano; solo se trata de reconocer los problemas que le son fundamentales y propios para darles claridad reflexiva y actuar sobre ellos con respuestas, incluso, inspiradoras para otros pueblos. Con esta claridad, es como una filosofía de la educación en Latinoamérica ha de obrar; la necesidad de individuos autónomos y un pueblo soberano debe ser problemática esencial de un proyecto educativo que tienda hacia la educación filosófica de todos, entendiéndose esto como la configuración de hombres con criterio político, propositivo y pensante en comunidad de los problemas comunes.

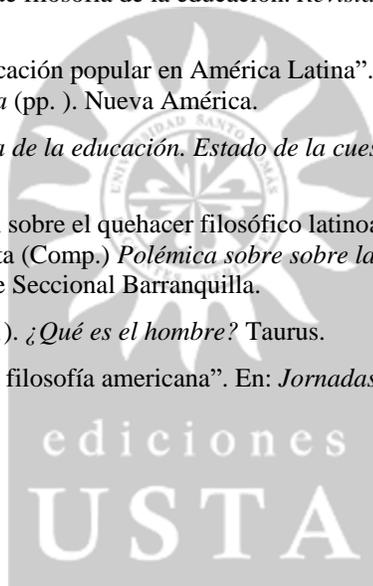
Se ha intentado poner en evidencia que el genuino llamado de atención de Leopoldo Zea sobre la necesidad de una filosofía nuestra, americana, no tiene porqué ser obra de vicios y egocentrismos intelectuales fragmentadores. Es tan latinoamericano su llamado como filosófico y universal su pensar. Así, una filosofía de la educación bajo la orientación del filósofo Amado Osorio, latinoamericano como Zea, permite configurar una idea de educación desde la orientación de la filosofía y que, en últimas, conduce a una educación filosófica.

Han de ser bienvenidas todas las genuinas reflexiones que desde América se realicen en torno a las diversas situaciones que aporta la identidad como latinoamericanos, sobre todo aquellas que ponen como órbita pensable y con ánimos de actuar sobre el hombre mismo, y no la de porciones de tierra celosamente custodiadas. El pensamiento es el terreno de todos, el hombre es la necesidad reivindicativa de todos, desde Occidente, África, Oriente o América, todos han de converger en la unidad en tanto género humano.

Referencias

- Alberdi, J. B. (1978). *Ideas para un curso de filosofía contemporánea*. Universidad Nacional Autónoma de México. <http://ru.ffyl.unam.mx/handle/10391/2953>
- Armando, N. (2020). “Los escritos de la polémica: uno de los valores de la filosofía social colombiana”. En: C. Arteta (Comp.), *Polémica sobre sobre la filosofía latinoamericana* (pp.). Universidad Libre Seccional Barranquilla.
- Arteta, C. (2020). “Más allá de la crítica a la razón latinoamericana”. En: C. Arteta (Comp.), *Polémica sobre sobre la filosofía latinoamericana* (pp.). Universidad Libre Seccional Barranquilla.
- Baena, J. (2020). “¿Filosofía en América Latina o filosofía latinoamericana?” En C. Arteta (Comp.), *Polémica sobre sobre la filosofía latinoamericana* (pp.). Universidad Libre Seccional Barranquilla.
- Barros, N. (2020). “¿Filosofía latinoamericana?”. En: C. Arteta, (Comp.), *Polémica sobre sobre la filosofía latinoamericana*. Universidad Libre Seccional Barranquilla.
- Beltrán, F. (1983). “Carácter dependiente de la cultura popular”. En: *Educación y cultura popular latinoamericana* (pp.). Nueva América.
- Carmona, L. (2020). La pedagogía de Emile Durkheim. *Revista Panamericana de Pedagogía. Saberes y Quehaceres del Pedagogo*, 57. ISSN n.º 2594-2190.
- Colección China. (1985). *Educación y ciencias*. Lenguas Extranjeras.

- Dussel, E. (1994). *Historia de la filosofía y filosofía de la liberación*. Nueva América.
- González, L. (1983). “Niveles de expresión de la cultura popular”. En: *Educación y cultura popular latinoamericana* (pp.). Nueva América.
- Miura, M. (2015). *La emancipación por el entendimiento. No más “descolonización” sino “expansión mental”*. Plural Editores.
- Orozco, A. (2020). “En defensa del quehacer filosófico latinoamericano”. En: C. Arteta (Comp.), *Polémica sobre la filosofía latinoamericana* (pp.). Universidad Libre Seccional Barranquilla.
- Osorio, A. (2006). *Filosofía, filosofía de la educación y didáctica de la filosofía*. Universidad de Caldas.
- Quintana, J. (1982). Concepto de filosofía de la educación. *Revista Española de Pedagogía*. [Año XL], 157, 65-73.
- Sanz, J. (1983). “Cultura y educación popular en América Latina”. En: *Educación y cultura popular latinoamericana* (pp.). Nueva América.
- Vázquez, S. (2012). *La filosofía de la educación. Estado de la cuestión y líneas esenciales*. Ed. CIAFIC.
- Vidal, N. (2020). “La discusión sobre el quehacer filosófico latinoamericano es de siglos y no ha terminado”. En: C. Arteta (Comp.) *Polémica sobre la filosofía latinoamericana* (pp.). Universidad Libre Seccional Barranquilla.
- Vincent, J.-D. y Ferry, L. (2001). *¿Qué es el hombre?* Taurus.
- Zea, L. (1945). “En torno a una filosofía americana”. En: *Jornadas*, 52. El Colegio de México.



En edición